

#### **IV Centenario de la Opera: Orfeo vuelve a Mantua**

El 24 de febrero de 1607 se estrenó en la Academia de gli Invaghiti de Mantova “una favola posta in Musica“ L’Orfeo, con libreto de Alessandro Striggio y música de Claudio Monteverdi. Cuatrocientos años después, otro 24 F, se ha representado también en Mantua y con parecidos medios, esta creación, considerada como la primera ópera. Asistir a este cumpleaños ha sido un privilegio inolvidable.

La iniciativa del acto ha correspondido a la Academia Virgiliana, heredera directa de aquella Academia de los Enamorados (gli Invaghiti) y al admirable trabajo de dirección de escena del incansable Maestro Gianfranco de Bosio, quien con sus 80 años cumplidos, ha sabido contagiar su iniciativa y entusiasmo a los jóvenes cantantes provenientes de todo el mundo, seleccionados en un exigente concurso internacional. Hecho que demuestra como la creación artística en todos los frentes, tanto el musical como el plástico, es una de las mejores recetas para la longevidad en la vida activa y para entenderse con los jóvenes que luchan por abrirse paso. Es reconfortante ver a intérpretes de los cinco continentes unidos sin divismos estúpidos por una pasión y una exigencia comunes, desde la aparición inicial encarnando a la Música de Pretty Yende, una excepcional y jovencísima soprano sudafricana con una maravillosa coloratura de voz y un innato dominio de escena, llegada directamente de un suburbio pobre, con un Orfeo encarnado alternativamente con el papel final de Apolo al quedar “ex aqueo“ dos prometedores tenores, el añorante portugués Fernando Guimaraes y el gallardo mexicano Baltasar Zuñiga, la delicada soprano española Eva Juarez en el papel de Euridice y un completo reparto en el que destacan los húngaros con gran escuela montervediana, además de polacos, coreanos, norteamericanos y un impresionante Caronte chino, el bajo Yang Shen.

Otro elemento que caracteriza esta celebración de cumpleaños es la economía de medios, un montaje “minimal“ en la jerga italoamericana de moda. El marco de la representación original fue una Sala de música, la actual ha sido el Teatro barroco construido en el siglo XVIII por el arquitecto Bibiena con planta acampanada circundada por cuatro pisos de palcos. El escenario de

una dimensión que no sobrepasa la mitad del vestíbulo principal del Teatro Real, tiene una estructura de teatro griego rodeado también por cuatro filas de balcones. En ese espacio han convivido y actuado conjuntamente la orquesta con instrumentos de época, dirigidos por Roberto Gini, los cantantes y las ninfas del ballet, con unos movimientos dominados al milímetro, ayudados por un banco para sentarse y el remo de Caronte por todo decorado. El coro, a cargo de Michele Vanelli, y los instrumentos de viento, así como algunos de los cantantes -Proserpina y Plutón- actuaron desde los balcones superiores. Demostración de que el derroche de medios y la aparatosidad de los decorados no son siempre signo de calidad, la fantasía y la imaginación juegan un papel insustituible en la participación activa del espectador como ocurría, por otra parte, en la ópera original.

En realidad, lo que permite fijar la fecha de la representación del Orfeo de Monteverdi como nacimiento de la ópera es porque se trata de una obra completa. En los albores renacentistas, Roma y, en especial, Florencia fueron los escenarios donde se volvía a los clásicos con lecturas y recitales, pero lo que distinguió a los escasos afortunados presentes aquel 24 de febrero fue acceder a un melodrama completo, en el que pudieron seguir el recitar cantado. Mantua en aquella época se caracterizaba por el desarrollo cultural de la corte de los Gonzaga en todos los frentes, el pictórico con Mantegna, el arquitectónico con Alberti y el musical, con Monteverdi. Además, la fábula de Orfeo tenía un especial valor por ser fruto de la obra del mantuano Virgilio. Pero el hecho más decisivo fue que se conservan el primer libreto impreso en aquella ocasión para que “cada espectador tenga uno para leer el texto mientras se canta” según Francesco Gonzaga y la partitura más tardía de Monteverdi con un final diferente, en vez de ser agredido Orfeo por las bacantes sube a los cielos llevado por Apolo.

Esta primera ópera constituye un relato completo en el que existe “una clara demostración del acuerdo entre el versificador y el músico desde el prólogo” en palabras de De Bosio, con la aparición de la Música que anuncia al personaje Orfeo como unión entre el canto y el sonido, concluyendo con una invitación al silencio, de evidente valor escénico. Los cinco actos mantienen una tensión moderna en la narración que va expresando la felicidad por el amor en un contexto bucólico, el dolor por la pérdida de la amada, el desafío al

destino y la bajada al infierno para recuperarla, la aceptación de la condición imposible que lleva al error fatal y la glorificación final. Un argumento presidido por la irreversibilidad del tiempo en el que la maestría del compositor Monteverdi va introduciendo algunas de las arias y corales más dramáticas de la historia musical. ¡Música en estado puro!

Esta celebración en Mantua demuestra la vitalidad de la ópera, en la línea de las conclusiones del Foro de la Ópera celebrado en París la semana anterior -comentadas con autoridad por José Angel Vela del Campo. La vitalidad de la fábula cantada está no sólo en los “invaghiti”, aficionados y apasionados del “bel canto“, la incorporación con brío y pasión de jóvenes intérpretes y músicos es la mejor garantía de que Orfeo sigue vivo y actuante.

Enrique Barón Crespo